

ventivamente se ponían a los niños. El mal de algunas miradas era incontenible y gracias a la «Ventura», que hasta el nombre tenía salutífero, se libraban de una muerte segura aquellos seres. La «Ventura» se sentía nimbada de luciente poder y santiguándose decía entre dientes dos veces Jesús y María y seguía musitando la oración: «Dos te ha puesto mala, tres te han de salvar: Jesús, María y la Santísima Trinidad. Dios te libre de mal de **ojo**, de mujeres mundanas y de perros rabiosos». Se persignaba y mandaba acostar al enfermo, segura de que al despertarse estaría curado... y no hay noticias de que fallara nunca.

*Un Aire* **ASI** como los pasmos y otras dolencias eran cogidos, en el caso del aire era él el activo y al que le cogía un aire se quedaba lisiado, sin poder mover algún remo, a veces ni hablar y babeando o con un ojo abierto y lloroso. Las mujeres decían que le había entrado un **disfiguro** grande y desconfiaban del resultado.

Con el aire no se supo nunca que lograra fama ningún curandero. En estos casos se recurría siempre al Médico, pero por ir nada más, porque ya lo decían todos: «es lo mismo». Y el Médico lo reconocía y tomaba la lección para aplicarla cuando tenía que volver la voz por pasiva: «es lo mismo, que lo vea quien quiera». Se veía que con la muerte todos estaban de acuerdo.

*Corcedura* **UNA** vez me torcí un pie. En el portal de una casa de la calle de la Estación jugábamos varios chicos saltando desde la escalera. Caí en mala forma y me hice tanto daño que quedé cojo total. El más leve intento de apoyo me hacía caer por el dolor. Tuvieron que llevarme a mi casa, en brazos. Mi padre, al verme, no vaciló y me llevó en el acto a D. Vicente Moraleda.

Era verano. La casa de D. Vicente en Santa Quiteria estaba de par en par. En el patio unos sillones de mimbre y él sentado en uno. Al entrar preguntó con la cortesía que permitía su genio: «¿Qué trae José por aquí?». Me sentaron en otro sillón, frente a él, tomó mi pie entre sus manos y me ví bueno como por encanto, saliendo corriendo hacia mi casa. ¡Qué maravilla! No he vuelto a ver una cosa igual.

*La "Antistérica"* **ERA** un agua que vendían en la Botica y que se usaba mucho, tanto que la «bebía» estaba hecha, pues cada dos por tres iban a por dos reales de «antistérica» sobre todo las personas que se agitaban y se ponían, «por ná» a pique de cualquier cosa.

*La "subía"* **LA** subía de sangre era temible siempre y en muchas ocasiones fuerte. Al que le daba una «subía» se ponía morado y se le hacía una morcilla en el cuello con «hirvor» de pecho, que lo ahogaba, en ocasiones aunque llegara Caravaca a tiempo de sangrarlo.

*El Acaloro* **DE** menos importancia que la «subía» pero mirado con prevención por su similitud.

El individuo se sofocaba, se encendía, se ponía arrebatado y a pique de que le diera algo.

El «acaloro» entraba casi de repente y estando la gente tranquila, distinguiéndose el acaloro ese que **entraba** del acaloro que se **tomaba** o **cogía** debido a un momento de ofuscación o disgusto cuyas consecuencias también eran de temer y se prevenían con sangría o purga, sobre todo si la persona no había desahogado bien su ira.

*"Almenaqué"* **NO** era una enfermedad sino una situación a que se había llegado. Ser un «almenaqué» era acusar en diversas formas los cambios de tiempo, porque el almanaque por antonomasia, el de D. Mariano Castillo, tenía como característica fundamental la de anunciar el tiempo probable anticipadamente y en Alcázar había muchos «almenaques» que barruntaban las alteraciones atmosféricas con dolencias que solo se aliviaban cuando «esfoga la mósfera», como decía Faco.